

las siete islas, mientras estén como ahora casi desguarnecidas y sin fortificar. Todo lo que pudiera hacerse, después de perder los puertos, sería asediar á las tropas que los ocuparan no dejándoles internarse en ninguna de las islas.

Pero atendiendo por quien debe hacerlo á ponerlas en buenas condiciones militares, todo intento se estrellaría en el patriotismo de los habitantes secundado por la fuerza hábilmente dirigida.

Mis temores se fundan en que no sé como serán en un porvenir próximo los barcos y las escuadras de las grandes potencias europeas. A la hora presente, esas escuadras son poco temibles. Seguro estoy de que las naves modernas (y es claro que no me refiero á las futuras), jamás llegarán á combatir. Los famosos acorazados no son capaces de resistir el fuego de las modernas baterías de costa; cómo han de serlo, si sus propios disparos los inutilizan! No son barcos de combate: son cronómetros. Con toda su fortaleza aparente, son barcos de «mírame y no me toques». Si pierden un tornillo quedan inválidos; si hay mucha mar zozobran; y aún las tripulaciones son poco marineras.

Sucede en la mar con los acorazados lo que en tierra sucedió con las armaduras de los combatientes. Contra las flechas antiguas se inventó el peto de cuero; á medida que aumentaron el alcance de los proyectiles y su penetración, los petos se convirtieron en cotas, y éstas en corazas, y luego en colosales armaduras; las hubo en la Edad Media que pesaban cuatro arrobas. La invención de la pólvora acabó con ellas, y volvieron á pelear los hombres á pecho descubierto como en los primeros tiempos de la humanidad. Y cuando los barcos no puedan navegar (casi hemos llegado á eso), con las corazas que serían precisas contra la potencia de las futuras balas y de nuevas pólvoras, se volverá á construir barcos de guerra tan poderosos como los de Trafalgar y de Lepanto. En la actualidad no pasan de ser una carga para las naciones y un peligro constante para los marinos. En frente de Santa Cruz, se contentarían á lo sumo con bombardear de lejos la ciudad. Y ya se sabe que los bombardeos son inofensivos: algunas cornisas desconchadas y tres docenas de cristales rotos.

Paris, Julio 1897.

N. ESTÉVANEZ.

En la defensa de Santa Cruz de Tenerife el 25 de Julio de 1797, no sé que admirar más; si el heroísmo de aquel puñado de valientes ó la generosidad demostrada con el vencido.

La nobleza del General Gutiérrez condensaba la bondad de los vencedores; y aquella benigna capitulación, el esmero con que se cuidó á los heridos enemigos y las atenciones dispensadas á los invasores, son hechos sublimes que al formar el carácter de este pueblo constituyeron su gloria principal.

JULIO JIMÉNEZ.

Cuando los pueblos están unidos por los lazos de la caridad y del verdadero patriotismo, realizan hechos que asombran al mundo.

Santa Cruz de Tenerife con la gloriosa jornada del 25 de Julio de 1797 es una prueba fehaciente de esta verdad.

SANTIAGO BEYRO.

Al conmemorar en este día inolvidable el centenario del glorioso hecho que inmortaliza, por sí solo, á nuestra Capital, el corazón se siente dilatado; gratísimos recuerdos de la historia y de la tradición, asaltan la inteligencia; pero de vez en cuando, tristísimo pensamiento penetra el porvenir, interrogándole si nuestra generación actual, con todos sus progresos, adelantos y placeres, cumpliría en caso igual ó semejante, cual lo hicieron aquellos nuestros padres, sacrificando su vida y alentando á sus hijos, en medio del combate, con la sacrosanta idea de la muerte en aras de la Patria. No y mil veces no. Desaparezca del mundo civilizado esa fatal y pernicioso manía, sostenida por algunos, de que los pueblos se enervan y degeneran, en inversa razón de su progreso y bienestar, y no confundan estas divinas bendiciones con los reprobados placeres materiales que invaden y corroen, por desgracia, una pequeña parte de la sociedad moderna.

Respondan, si no, por nosotros, esos héroes anónimos de los ejércitos de Cuba y Filipinas que admira el mundo entero y que llevan en su sangre bendita el mismo germen de aquellos de Numancia, Zaragoza, Bailén y Santa Cruz de Tenerife.

JUAN RAVINA Y CASTRO.

Hoy cumple 100 años que nuestros ascendientes, derramando su sangre en aras de la independencia de la Patria, sangre que fué el agua del bautismo que recibiera esta heroica Ciudad al nacer á la vida de los pueblos, conquistaron para Santa Cruz, la muy benéfica Ciudad Capital de la Provincia de Canarias, los timbres ilustres de Muy Leal, Noble é Invicta Villa en la victoriosa defensa sostenida contra la escuadra invasora de la Gran Bretaña comandada por el Almirante Nelson.

Al celebrar con ardientes y sinceras demostraciones de regocijo, aquel 25 de Julio, memorable día escogido por la providencia para grandeza nuestra y gloria de la madre Patria; no lo hagamos en són de vencedores y en menoscabo del vencido, hagámoslo sólo para honrar la memoria de aquellos preclaros varones y recordar su inmenso valor, porque supieron, venciendo, dejar escrita con su sangre una fecha memorable y brillante en las páginas de nuestra historia, legándonos como recuerdo precioso de fecha tan gloriosa y como láuro de la victoria alcanzada, aquellas mismas banderas que, enarboladas y desplegadas por el viento en los mástiles de sus buques, infundían terror y espanto al Orbe entero.